

que un hombre hubiese mantenido un comercio ilícito con una mujer; la Iglesia declara que no puede elegir esposa en la familia de esta mujer, mas allá del segundo grado. Esta ley, muy antigua en la Iglesia, pero fijada por el concilio de Trento, pareció tan prudente, que el código francés, aunque rechazó la totalidad del concilio, no dejó de aceptar este canon.

Por lo demás, los impedimentos matrimoniales entre parientes, tan multiplicados por la Iglesia, además de sus razones morales y espirituales, tienden políticamente á dividir las propiedades y á impedir que andando el tiempo, toda la riqueza territorial se acumule en algunas familias.

La Iglesia ha conservado los desposorios, cuya antigüedad es muy remota. Aulo Gelio nos dice que fueron conocidos del Lacio; los romanos los adoptaron, los griegos los siguieron, y eran tenidos en honor en la Antigua y Nueva Alianza: José se desposó con María. El objeto de esta costumbre es dar á los esposos el tiempo necesario para que se conozcan antes de unirse.

En nuestros campos, los desposorios se verificaban con sus antiguos encantos. En una hermosa mañana de agosto un jóven campesino iba á buscar á su novia á la vivienda de su futuro suegro. Dos gaiteros precedían la comitiva, tocando romances cabalerescos ó cánticos de peregrinos. Los siglos salían de sus góticas tumbas para acompañar con sus antiguas costumbres y sus vetustos recuerdos á aquella alegre juventud. La mujer recibía del párroco la bendición de los desposorios, y ponía sobre el altar una rueda adornada de cintas. La comitiva volvía á la casa de la desposada; y la señora y el señor del lugar, el párroco y el alcalde se sentaban con los futuros esposos, los labradores y las matronas, en derredor de una mesa en que se servían el verraco de Eumeo y el becerro de los patriarcas. La fiesta terminaba con un paseo por las alquerías inmediatas; la señorita del castillo bailaba al compás de la gaita con el desposado, mientras los espectadores, sentados sobre las nuevas garbas, respiraban los recuerdos de las hijas de Jethro, de los segadores de Booz y de los desposorios de Jacob y Raquel.

A los desposorios seguía la publicación de las amonestaciones, prudente costumbre, ignorada de la antigüedad y debida á la Iglesia, siendo forzoso referirla mas allá del siglo XIV, pues se hace mención de ella en una decretal del papa Inocencio III, quien la convirtió en regla general en el concilio de Letran; el de Trento la renovó, y la ordenanza de Blois la introdujo en nuestro país. El espíritu de esta ley es evitar las uniones clandestinas, y hacer públicos los inconvenientes que pueden oponerse al matrimonio entre las partes contrayentes.

Mas ya llega el matrimonio cristiano, y se presenta con un aparato muy diferente de los desposorios. Su paso es grave y solemne, augusta y silenciosa su pompa; adviértese al hombre que se abre para él una nueva senda, y las palabras de la bendición nupcial (palabras que el mismo Dios pronunció sobre la primera pareja del mundo), infunden al marido gran respeto, pues le dicen que llena el acto mas importante de la vida; que va á ser, como Adam, cabeza de una familia, y que se carga con todo el peso de la condicion humana. La esposa recibe no menor enseñanza, pues la imagen de los placeres desaparece á sus ojos ante la de los deberes conyugales. Parece que una voz le grita desde el altar: «¿Sabes que ya no hay otra libertad para tí que la de la tumba? ¿Sabes lo que es llevar en tus entrañas mortales al hombre inmortal y hecho á semejanza de Dios?» Entre los antiguos, un himeneo era una ceremonia llena de escándalo y alegría, que nada enseñaba de los pensamientos graves que el Matrimonio inspira; el restablecimiento de su dignidad estaba reservado al Cristianismo.

Este, conociendo tambien antes que la filosofía, la proporcion en que nacen ambos sexos, fue el primero que advirtió que el hombre no puede tener sino una mujer, y que debe conservarla hasta la muerte. El divorcio es desconocido en la Iglesia católica, á no ser en algunos lugares de la Iliria, sometidos en otro tiempo al dominio de Venecia, y sectarios del rito griego. Si las pasiones de los hombres se han sublevado contra esta ley; si no han echado de ver el desorden que el divorcio introduce en el seno de las familias, alterando las sucesiones, desnaturalizando los afectos paternales, corrompiendo el corazon, y haciendo del Matrimonio una prostitucion civil, algunas palabras que sobre el particular diremos, no serán inoportunas.

Sin entrar en la profundidad de esta materia, observaremos que si por medio del divorcio se cree hacer á los esposos mas felices (y este es actualmente un gran argumento), se incurre en un grosero error. El que no ha labrado la felicidad de su primera esposa; el que no se ha ligado con ella por su ceñidor virginal ó por su primera maternidad; el que no ha podido sujetar sus pasiones al yugo de la familia; el que no ha podido encerrar su corazon en su tálamo nupcial, nunca labrará la felicidad de una segunda esposa; ¡en vano se esperaría tal prodigio! Ni él mismo ganará cosa alguna en semejantes cambios; porque le que considera diferencias de genio entre él y su compañera, es únicamente la inclinacion de su inconsciencia y la inquietud de su deseo. La costumbre y la duracion del tiempo son mas indispensables de lo que se cree para la felicidad y aun para el amor. No somos felices en el objeto de nuestro cariño, sino cuando hemos vivido en su compañía muchos dias, y especialmente si estos han sido sellados por el infortunio. Es preciso que nos conozcamos á fondo; es preciso que el velo misterioso con que se cubria á los dos esposos en la primitiva Iglesia, sea levantado por ellos en todos sus pliegues, en tanto que permanece impenetrable á los ojos del mundo. ¡Cómo! ¿por el mas leve capricho, será preciso temer verse privado de una esposa y de unos hijos, y renunciar á la esperanza de pasar la yerta vejez á su lado? Ni se replique que este temor obligará á ser mejores esposos; ¡no! porque no nos identificamos sino con el bien de que tenemos seguridad, y miramos indiferentes el que puede perderse.

No demos al Himeneo las alas del Amor, ni hagamos de una santa realidad un aéreo fantasma. Otra circunstancia destruirá además la felicidad de esos lazos efímeros: atormentarán el alma los remordimientos, pues se comparará sin cesar una esposa con otra, lo que se ha perdido con lo que se ha encontrado, y ¡desechemos necias ilusiones! la balanza se inclinará constantemente en favor de las cosas pasadas: así plugo á Dios formar el corazon humano. Ese olvido de un sentimiento por otro envenenará todas las alegrías; al acariciar á un nuevo hijo, se pensará en el que se ha abandonado; al estrechar sobre el pecho la nueva esposa, el corazon clamará diciendo que la primera era mas digna de amor. Todo en el hombre propende á la unidad, por cuya razon no es dichoso si se divide: y á semejanza de Dios, que le hizo á su imagen, su alma se inclina incesantemente á reconcentrar en un punto lo pasado, el presente y el porvenir.

Hé aquí lo que teníamos que decir acerca de los sacramentos del Orden y el Matrimonio. Por lo que respecta á los cuadros á que se prestan, sería supérfluo describirlos en este lugar. ¿Qué imaginacion necesita que se le ayude á representarse al sacerdote que abjura las alegrías de la vida para entregarse á los desgraciados, ó á la tierna doncella que se consagra al silencio de las soledades para ballar el del corazon, ó á los esposos que se prometen amarse al pié de los altares? La esposa del cristiano no es una simple mortal, sino un ser extraordinario, misterioso, angélico; es la carne

de la carne, la sangre de la sangre de su esposo. El hombre, al unirse con ella, vuelve á tomar una parte de su sustancia, pues así su alma como su cuerpo están incompletos sin la mujer; si él tiene la fuerza, ella ostenta la hermosura; él combate al enemigo y cultiva los campos de la patria; pero como nada se le alcanza de los quehaceres domésticos, le falta la mujer para preparar su alimento y disponer su lecho. Si el hombre tiene pesares, allí está su compañera que los dulcifica; si sus dias son sombríos y borrascosos, halla en su lecho unos brazos castos en que olvida todos sus males; que sin la mujer seria rudo, grosero y solitario. La mujer suspende en su derredor las flores de la vida, bien así como esas lianas de los bosques que engalanan el trono de las encinas con sus perfumadas guirnaldas. Por último, el esposo cristiano y su esposa viven, renacen y mueren á la par; erian á la par los frutos queridos de su union; á la par se reducen al primitivo polvo, y vuelven á hallarse á la par mas allá de los limites del sepulcro.

CAPÍTULO XI.

La Extrema-Uncion.

EMPERO, donde el Cristianismo despliega toda su sublimidad es á la vista de ese sepulcro, silencioso pórtico de otro mundo, pues si la mayor parte de los cultos antiguos han consagrado las cenizas de los que dejaron de ser, ninguno ha pensado en preparar el alma para esas regiones desconocidas de que jamás se regresa.

Venid á contemplar el mas hermoso espectáculo de la tierra: venid á ver morir el fiel. Este hombre no es ya el hombre del mundo, no pertenece ya á su país, y cesan todas sus relaciones con la sociedad. Concluyen para él los cálculos relativos al tiempo, pues su fecha pertenece ya á la gran era de la eternidad. Un sacerdote le consuela sentado á su cabecera, hablándole de la inmortalidad de su alma; y la escena sublime que la antigüedad entera solo presentó una vez en el primero de sus filósofos moribundos, se renueva diariamente en el mísero lecho del último de los cristianos, próximo á su fin.

El momento supremo ha llegado: un sacramento abre al justo las puertas del mundo, y otro sacramento las cierra; la Religion le mecía en la cuna de la vida, y sus hermosos cantos y su mano maternal acariciaban su sueño de muerte. La Religion prepara el bautismo de este segundo nacimiento; pero ya no elige el agua sino el aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador rompe poco á poco las ligaduras del fiel, y su alma, medio emancipada de su cuerpo, se hace casi visible en su semblante. Ya oye los conciertos de los serafines; ya está próximo á volar á las regiones á que le llama esa esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. El ángel de la paz desciende sobre ese justo, y tocando con su cetro de oro sus ojos fatigados, los cierra deliciosamente á la luz.

Muere, y no se ha oido su postrer suspiro; muere, y mucho despues de su muerte sus amigos enmudecen en torno de su lecho, porque creen que aun duerme: ¡tan dulce ha sido el tránsito del cristiano!

LIBRO SEGUNDO.

Virtudes y leyes morales.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vicios y Virtudes segun la Religion.

LA mayor parte de los antiguos filósofos han hecho la clasificacion de los vicios y virtudes; pero la sabi-

duría de la Religion vence de nuevo aquí la de los hombres.

Consideremos primero la soberbia, vicio que la Iglesia considera como el primero de todos. Es el pecado de Satanás, el primer pecado del mundo. La Soberbia es en tal manera el principio del mal, que la vemos prestar su colorido á todas las enfermedades del alma: brilla en la sonrisa de la Envidia; resalta en las orgias del deleite; cuenta el oro de la Avaricia; centellea en los ojos de la Ira, y sigue los atractivos de la Lujuria.

La Soberbia despenó á Adam; armó á Cain del arma fratricida, levantó á Babel, y destruyó á Babilonia. Por su soberbia Atenas arrastró en su ruina á toda la Grecia; la Soberbia derrocó el trono de Ciro, dividió el imperio de Alejandro, y abrumó á Roma bajo el peso del universo.

En las circunstancias particulares de la vida, la Soberbia produce resultados aun mas funestos, pues hace blanco de sus ataques al mismo Dios.

Si investigamos las causas del ateísmo, vendremos á dar en la triste observacion de que la mayor parte de los que se rebelan contra el cielo abrigan algun motivo de queja contra la sociedad ó contra la naturaleza (esceptuando no obstante los jóvenes seducidos por el mundo, ó los escritores ansiosos de celebridad). Mas, ¿por qué los que se ven privados de esas frívolas ventajas que la casualidad concede ó niega á su capricho, no saben hallar el remedio á esta insignificante desgracia, acercándose á la Divinidad? Esta es la verdadera fuente de las gracias; Dios es de tal manera la hermosura por excelencia, que solo su nombre, pronunciado con amor, basta para imprimir cierto sello divino al hombre menos favorecido por la naturaleza, como se observó en Sócrates. Quédese el ateísmo para aquellos que, faltos de la nobleza suficiente para hacerse superiores á las injusticias de la fortuna, no muestran en sus blasfemias otra cosa que el vicio primitivo del hombre, lastimado en su parte mas sensible.

Si la Iglesia ha señalado el primer lugar á la Soberbia, en la escala de las degradaciones humanas, no ha clasificado con menos oportunidad los demás seis vicios capitales. No creamos que el orden en que los vemos colocados es arbitrario, puesto que basta examinarlo para descubrir que Religion pasa con sumo acierto de los crímenes que atacan á la sociedad en general, á los delitos que solo recaen sobre el culpable. Así, por ejemplo, La Envidia, la Lujuria, la Avaricia y la Ira, siguen inmediatamente á la Soberbia, porque son vicios que se ejercen sobre personas extrañas, y no viven sino entre los hombres; mientras los últimos, es decir, la Gula y la Pereza, son unas inclinaciones solitarias y vergonzosas, reducidas á buscar en sí mismas sus principales fruiciones.

Adviértese el mismo conocimiento de la naturaleza en las virtudes preferidas por el Cristianismo, y en el lugar que les señala. Antes de Jesucristo, el alma del hombre era un caos; pero el Verbo se hizo oír, y al punto penetró la luz en el mundo intelectual, como á la misma palabra todo se habia ordenado en el mundo físico: fue la creacion moral del universo. Las virtudes subieron á los cielos, á semejanza de unos purísimos resplandores: cuales, rutilantes soles, atrajeron las miradas por la brillantez de su luz; cuales, modestas estrellas, buscaron el pudor de las sombras, en que no pudieron ocultarse. Vióse establecerse desde entonces una admirable balanza entre la fuerza y la debilidad, porque la Religion fulminó sus rayos contra la Soberbia, vicio que se alimenta de virtudes; y descubriéndolo en los pliegues de nuestros corazones, lo persiguió en sus caprichosas metamorfosis; los Sacramentos marcharon contra él en santo ejército, y la Humildad, vestida de un saco, ceñido el talle con una cuerda, desnudos los piés, la frente cubierta de ceniza, bajos y arrasados en lágrimas los ojos, se trocó en una de las primeras virtudes del fiel.

CAPITULO II.

De la Fe.

¿Y cuales eran las virtudes tan encarecidas por los sabios de la Grecia? La Fuerza, la Templanza y la Prudencia. Solo Jesucristo podía enseñar al mundo que la Fe, la Esperanza y la Caridad son virtudes que así convienen á la ignorancia como á la miseria humanas.

Admirable ciertamente es la razon que nos ha hecho ver en la Fe el manantial de todas las virtudes. Solo hay poder en el convencimiento. Un ratiocinio no es sólido, un poema no es divino, y un cuadro no es hermoso, sino porque la mente ó los ojos que los juzgan están convencidos de cierta verdad oculta en tal ratiocinio, tal poema ó tal cuadro. Un escaso número de soldados, persuadidos de la pericia de su general, pueden llevar á cabo increíbles proezas. Treinta y cinco mil griegos realizan con Alejandro la conquista del mundo. Lacedemonia se confia á Licurgo, y descuellan como la mas sabia de las ciudades. Babilonia se conceptúa formada para las grandezas, y estas se prostituyen á su fe mundana; un oráculo promete la tierra á los romanos, y estos se enseñorean de la tierra. Colon, aislado en el mundo, se empeña en creer que existe un nuevo universo, y un nuevo universo surge de las olas. La amistad, el patriotismo, el amor y todos los sentimientos nobles son tambien una especie de fe. Por haber creído, los Codros, los Pilades, los Régulos y los Arrios hicieron prodigios. Y ved aquí el por qué esos corazones que nada creen, que apellidan ilusiones los lazos del alma, y locuras las acciones generosas, que desprecian la imaginacion y la ternura del génio, no darán cima en tiempo alguno á ninguna empresa grande ó sublime, pues no tienen fe sino en la materia y en la muerte, insensibles como aquella, helados como esta.

En el lenguaje de la antigua caballería, *dar su fe* era sinónimo de todos los prodigios del honor. Rolando, Duguesclin y Bayardo eran *leales* caballeros; y los campos de Roncesvalles, de Auray, de Bresse, y los descendientes de los moros, de los ingleses y lombardos dicen aun hoy quienes eran aquellos hombres que prestaban *fe y homenaje* á su Dios, á su dama y á su rey. ¿Citaremos á los mártires, á esos héroes que, en sentir de San Ambrosio, vencieron sin armas y sin legiones á los tiranos, domaron los leones, despojaron al fuego de su poder, y á la espada de su punta? La fe misma, mirada bajo este aspecto, es una fuerza tan terrible, que trastornaría el mundo si se la aplicase á fines aviesos. Nada hay que un hombre sometido á la influencia de una persuasion íntima, y que sujeta incondicionalmente su razon á la razon ajena, no sea capaz de llevar á término feliz. Esto prueba que las mas eminentes virtudes, cuando se las separa de Dios y se las considera en sus simples relaciones morales, se aproximan mucho á los mayores vicios. Si los filósofos hubieran hecho esta observacion, no se hubiesen tomado tanto trabajo para fijar los límites del bien y del mal. El Cristianismo no necesita, como Aristóteles, inventar una escala para colocar ingeniosamente en ella una virtud entre dos vicios, pues resolvió la dificultad de una manera segura, enseñándonos que los virtudes no lo son sino en cuanto refluyen hácia su origen, que es Dios.

Esta verdad quedará evidenciada si aplicamos la Fe á esos mismos negocios humanos, pero haciéndola llegar á nosotros por medio de las ideas religiosas. De la Fe van á nacer las virtudes sociales, pues consta por el unánime consentimiento de los sabios, que el dogma que nos manda creer en un Dios remunerador y vengador, es el apoyo mas sólido de la moral y la política.

Finalmente, si se destina la Fe á sus verdaderos usos; si se la consagra esclusivamente al Criador; si

se hace de ella la vista intelectual, por cuyo medio se descubren las maravillas de la Ciudad Santa y el imperio de las existencias reales; si sirve de alas á nuestra alma para elevarse sobre las tribulaciones de la vida, reconoceremos que los libros santos no han exagerado esta virtud, al hablar de los prodigios que con ella pueden verificarse. ¡Fe celestial! ¡Fe consoladora! ¡Tú haces mas que trasladar las montañas, pues levantas los pesos abrumadores que gravitan sobre el corazon humano!

CAPITULO III.

De la Esperanza y de la Caridad.

La Esperanza, segunda virtud teologal, tiene casi la misma fuerza que la Fe; el deseo es el padre del poder, y todo el que desea con ahinco, alcanza. «Buscad, dice Jesucristo, y hallareis; llamad y se os abrirá.» Pitágoras decia en el mismo sentido: El poder habita cerca de la necesidad, porque esta implica privacion, la cual marcha á la par del deseo. Padre del poder, el deseo ó la Esperanza es un verdadero génio, dotado de esa virilidad que produce, y de esa sed que nunca se extingue. Si un hombre se ve burlado en sus proyectos, consiste en que no ha deseado con ardor, y en que ha carecido de ese amor que logra tarde ó temprano el objeto á que aspira; de ese amor que en la Divinidad lo abraza todo y goza de todos los mundos, por medio de una esperanza siempre satisfecha y renaciente siempre.

Hay, no obstante, una diferencia esencial entre la Fe y la Esperanza, considerada como fuerza. La Fe tiene su asiento fuera de nosotros, pues nos procede de un objeto extraño, al paso que la Esperanza nace por el contrario dentro de nosotros para exteriorizarse. La primera se nos impone, mientras nuestro propio deseo hace nacer la segunda; aquella es una obediencia, esta es un amor. Pero como la Fe engendra mas fácilmente las demás virtudes; como se deriva directamente de Dios, y es por consiguiente una emanacion del Eterno, brilla mas hermosa que la Esperanza, que no es sino una parte del hombre; la Iglesia ha debido colocarla por esta razon en lugar preminente.

Pero la Esperanza presenta en sí misma un carácter particular: el que la pone en relacion con nuestras miserias. Revelada fue sin duda por el cielo esa Religion que hizo una virtud de la esperanza. Está nodriza de los desvalidos, colocada al lado del hombre, como una madre cerca de su hijo enfermo, lo mece en sus brazos, lo aplica á sus pechos inagotables, y le brinda una leche que aplaca sus dolores. Vela en su cabecera solitaria y le aduerme con sus cantos mágicos. ¿No es sorprendente ver á la Esperanza, que tan dulce nos es guardar, y que parece un movimiento natural del alma, transformarse para el cristiano en una virtud rigurosamente exigida? De modo que, haga lo que quiera, el hombre se ve obligado á beber á grandes sorbos en esa copa encantada, en que tantos miserables juzgarían una felicidad humedecer por un instante sus labios. Hay mas (y esta es la maravilla), será recompensado por haber esperado y por haber labrado su propia felicidad. El fiel, siempre militante en la vida, y en lucha perenne con el enemigo, es tratado por la Religion, en su derrota, como aquellos generosos vencidos á quienes el Senado romano recibia en triunfo, no por otra razon sino porque no habian desesperanzado de su victoria. Empero si los antiguos atribuian algo de maravilloso al hombre á quien nunca abandonaba la Esperanza, ¿qué hubieran pensado del cristiano, que en su admirable lenguaje no dice *mantener* sino *practicar* la Esperanza?

Por lo que respecta á la Caridad, hija de Jesucristo, representa en su sentido propio *gracia y alegría*. Aspirando la Religion á reformar el corazon humano, y á

convertir en bien de las virtudes nuestros afectos y nuestra ternura, ha inventado una nueva *pasion*, no sirviéndose para expresarla de la palabra *amor*, que no es bastante severa, ni de la palabra *amistad*, que se pierde en el sepulcro, ni de la palabra *piEDAD*, harto próxima al orgullo, sino que halló la voz *caridad*, que encierra las tres primeras, y se refiere al mismo tiempo á cierta cosa celestial, por cuyo medio dirige nuestras inclinaciones hácia el cielo, purificándolas y refiriéndolas al Criador, y enseñándonos la maravillosa verdad de que los hombres deben amarse, por decirlo así, á través de Dios, que espiritualiza su amor, y no deja de él sino su esencia inmortal, al servirle de paso.

Pero si la Caridad es una virtud cristiana, directamente emanada del Eterno y de su Verbo, hállese tambien en estrecha alianza con la naturaleza, pues el carácter de la verdadera Religion se reconoce en esa armonía no interrumpida del cielo y de la tierra, de Dios y de la humanidad. Por lo regular, las instituciones morales y políticas de la antigüedad están en contradiccion con los sentimientos del alma. El Cristianismo, por el contrario, siempre de acuerdo con los corazones, no pide virtudes abstractas y solitarias, sino virtudes deducidas de nuestras necesidades y útiles á todos; por esto ha colocado la Caridad como un pozo de abundancia en los desiertos de la vida.

«La Caridad es paciente, dice el Apostol, es dulce, no intenta sobreponerse á otro, no obra con temeridad, no se ensoberece.

«No es ambiciosa, no sigue sus intereses, no se irrita, no piensa el mal.

«No se regocija en la injusticia, sino que se goza en la verdad.

«Todo lo tolera, lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo.»

CAPITULO IV.

De las leyes morales ó del decálogo.

HUMILLANTE es para nuestro orgullo que las máximas de la sabiduría humana puedan compendiarse en breves páginas; y aun en estas páginas cuántos errores se advierten! Las leyes de Minos y de Licurgo no han sobrevivido á la ruina de los pueblos para que fueron confeccionadas, sino como las pirámides de los desiertos, inmortales palacios de la muerte.

Leyes del segundo Zoroastro.

El tiempo sin límites é increado es el criador de todo. La palabra fue su hija, y de esta nacieron Orsmo, dios del bien y Arimanes, dios del mal.

Invoca al toro celestial, padre de la yerba y del hombre.

La obra mas meritoria es cultivar bien el campo propio.

Pide con pureza de pensamiento, de palabra y de accion.

Enseña el bien y el mal á tu hijo, á la edad de cinco años.

La ley debe castigar al ingrato.

Muera el hijo que ha desobedecido tres veces á su padre.

La ley declara impura á la mujer que pasa á segundas nupcias.

Castiga con azotes al falsario.

Desprecia al que miente.

Guarda tres dias de fiesta al fin y al principio del año.

Leyes indias.

El universo es Wichuou.
Todo lo que ha sido es él; todo lo que es, es él; todo lo que será es él.

¡Hombres! sed iguales.
Ama á la virtud por sí misma, y renuncia al fruto de tus obras.

¡Mortal! sé prudente y serás tan fuerte como diez mil elefantes.

El alma es Dios.
Confiesa las faltas de tus hijos á Dios y á los hombres, y purifica tu alma en las aguas del Ganges.

Leyes egipcias.

Señor, dios universal, tinieblas desconocidas, oscuridad impenetrable.

Osiris es el dios bueno, Tifon el dios malo.

Honra á tus padres.

Sigue la profesion de tu padre.

Sé virtuoso, pues los jueces del Lago juzgarán tus obras despues de tu muerte.

Lava tu cuerpo dos veces al dia, y dos á la noche.

Vive frugalmente.

No reveles los misterios.

Leyes de Minos.

No jures por los dioses.

¡Jóven! no examines la ley.

La ley declara infame al que no tiene un amigo.

La mujer adúltera sea coronada de lana y vendida.

Sean públicas tus comidas, tu vida frugal, y tus danzas guerreras.

(No trasladamos aquí las leyes de Licurgo, porque se limitan á repetir en parte las de Minos).

Leyes de Solon.

Muera el hijo que olvide dar sepultura á su padre, y el que no le defienda.

Sea prohibida la entrada en el templo al adúltero.

El magistrado ebrio beba la cicuta.

Muera el soldado cobarde.

La ley permite dar muerte al ciudadano que se mantenga neutral en medio de las discordias civiles.

El que quiera morir, declárelo al arconte y muera.

Muera el sacrilego.

El hombre sin costumbres no podrá gobernar.

Leyes primitivas de Roma.

Honra la Pequeña-Fortuna.

El hombre sea labrador y guerrero.

Reserva el vino á los ancianos.

Condena á muerte al labrador que coma carne de buey.

Leyes de los galos ó druidas.

El universo es eterno, inmortal el alma.

Honra la naturaleza.

Defiende tu madre, tu patria, la tierra.

Admite á la mujer en tus consejos.

Honra al extranjero, y separa su parte en tu cosecha.

El infame sea sepultado en el lodo.

No construyas templos, ni confies sino á tu memoria la historia de lo pasado.

¡Hombre! eres libre; vive pues sin propiedad.

Honra al anciano, y el jóven no pueda deponer contra él.

El valiente será recompensado despues de su muerte, y el cobarde castigado.

Leyes de Pitágoras.

Honra á los dioses inmortales, segun están establecidos por la ley.
Honra á tus padres.

Haz todo aquello que no manille tu memoria. No admitas al sueño en tus ojos, antes de haber examinado tres veces en tu alma las obras del día. Pregúntate: ¿En dónde he estado? ¿Qué he hecho? ¿Qué hubiera debido hacer?

Así pues, después de una vida santa, cuando restituyas tu cuerpo á los elementos, serás inmortal é incorruptible, y no podrás morir (1).

Hé aquí casi por entero todo lo que ha podido recogerse de esa tan famosa antigua sabiduría de los tiempos. Unas veces se representa á Dios con cierta oscuridad, aunque sin duda en fuerza de su luz, pues las tinieblas deslumbran nuestros ojos cuando nos proponemos mirar al sol; otras, se declara infame al hombre sin amigos, y el legislador castiga á casi todos los desgraciados; ora vemos el suicidio convertido en ley; ora en fin, algunos de esos sabios parecen olvidar enteramente á un Ser Supremo. ¡Y cuántas cosas vagas, incoherentes y vulgares no se advierten en la mayor parte de esas sentencias! Los sabios del Pórtico y de la Academia anuncian alternativamente máximas tan contradictorias, que puede probarse muchas veces con el mismo libro que su autor creía y no creía en Dios; que reconocía y no reconocía una virtud positiva; que la libertad es el primero de los bienes, y que el despotismo es el mejor de los gobiernos.

Mas, si en medio de tantas perplejidades, viésemos aparecer un código de leyes morales, que sin contradicciones ni errores, hiciese cesar nuestras incertidumbres; que nos enseñase lo que acerca de Dios debemos creer, y cuales son nuestras verdaderas relaciones con los hombres; si ese código se anunciase con una seguridad de doctrina y una sencillez de lenguaje desconocidas hasta allí, ¿no deberíamos inferir que semejantes leyes no podían emanar sino del cielo? Pues bien: poseemos esos preceptos divinos; y, ¿que preceptos para el sabio! ¿qué cuadro para el poeta!

Ved á ese hombre que baja de las incendiadas alturas: sus manos sostienen sobre el pecho una tabla de piedra: su frente despide dos destellos de fuego; su rostro irrada las glorias del Señor; el terror de Jehová le precede, y allá en el horizonte se extiende magestuosa la cordillera del Líbano con sus nieves eternas y sus cedros que se pierden en las nubes. Arrodillada al pié de la montaña, sobre cuyas cimas estallan el trueno y el rayo, la asombrada posteridad de Jacob vela su cabeza, temiendo ver á Dios y morir. Pero los truenos enmudecen y hé aquí que resuena una voz:

«Escucha, oh tú Israel, á mí Jehová, *tus Dioses* (2); que te he sacado de la tierra de Mitzraim, de la casa de esclavitud.

1. No tendrás otros Dioses en mi presencia.
2. No formarás ídolos con tus manos, ni imagen alguna de cuanto existe en las *maravillosas aguas superiores*, ni sobre la tierra, ni en las aguas que están debajo de la tierra. No te inclinarás delante de las imágenes, ni les darás culto, porque yo soy Jehová, *tus Dioses*, el Dios fuerte, el Dios celoso, que persigue la

(1) Pudiera añadir á este cuadro un extracto de la *República* de Platon, ó mas bien de los doce libros de sus leyes, que son en nuestro juicio su mejor obra, tanto por el hermoso cuadro de los tres ancianos que discurren dirigiéndose á la fuente, como por la severa razon que brilla en su diálogo. Mas, como tales preceptos no han sido puestos en práctica, nos abstenemos de hablar de ellos.

Por lo que respecta al Alcoran, lo que en él se encuentra de bueno y justo está tomado casi literalmente de nuestros libros sagrados; lo restante es una compilación rabínica.

(2) Reproducimos el Decálogo textualmente traducido del hebreo, á causa de las palabras *tus Dioses*, que ninguna traducción ha desentrañado.

iniquidad de los padres y la iniquidad de los que me aborrecen, en los hijos de la tercera y la cuarta generacion, y dispense gracia mil veces á los que me aman y observan mis Mandamientos.

3. No tomarás el nombre de Jehová, *tus Dioses*, en vano; porque no declarará inocente al que tomare su nombre en vano.
4. Acuérdate del día del Sábado para santificarlo. Trabajarás seis días, y harás tu obra, y el día séptimo de Jehová, *tus Dioses*, no harás faena alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tu camello, ni tu huésped, *delante de tus puertas*; porque Jehová hizo en seis días las *maravillosas aguas superiores*, la tierra, el mar, y todo lo que en ellas se encierra, y descansó el séptimo, que Jehová bendijo y santificó.
5. Honra á tu padre y á tu madre, para que tus días sean largos sobre la tierra; y *mas allá* de la tierra que Jehová, *tus Dioses*, te ha dado.
6. No matarás.
7. No serás adúltero.
8. No hurtarás.
9. No levantarás falsos testimonios contra tu prójimo.
10. No desearás la casa de tu vecino, ni la mujer de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su jumento, ni nada de lo que pertenece á tu vecino.

Hé aquí las leyes que el Eterno grabó, no solo en la piedra del Sinaí, sino tambien en el corazón del hombre. Llama desde luego la atención el carácter de universalidad que distingue esta tabla divina de las tablas humanas anteriores á ella. Esta es la ley de todos los pueblos, de todos los climas, de todos los tiempos. Pitágoras y Zoroastro se dirigen á los griegos y á los medos; pero Jehová, al hablar á todos los hombres, se ostenta como el Padre Omnipotente que vela sobre la Creación, y que deja caer igualmente de su mano el grano de trigo que alimenta al humilde insecto, y al sol que lo alumbrá.

Se notará asimismo que nada es mas admirable, en su sencillez llena de justicia, que esas leyes morales de los hebreos. Los paganos mandaron tributar honor á los padres, y Solon impuso la pena capital al mal hijo; mas, ¿qué hace Dios? promete una larga vida á la piedad filial. Este mandamiento está tomado en la misma fuente de la naturaleza. Dios ha hecho un precepto del amor filial, mas no hizo otro del amor paternal, porque sabía que el hijo, en quien se reúnen todos los recuerdos y todas las esperanzas del padre, sería entrañablemente amado por este; pero impuso, sí, el amor al hijo, porque conocía la inconstancia y el orgullo de la juventud.

A la fuerza del sentido interno se unen en el Decálogo, como en las demás obras del Todopoderoso, la magestad y la gracia de las formas. El brazman explica prolijamente las tres presencias de Dios, al paso que el nombre de *Jehová* las expresa en una sola palabra, que encierra los tres tiempos del verbo *ser*, unidos mediante una combinación sublime: *havah*, fue; *hovah*, siendo, ó es; y *je*, que cuando está delante de las tres letras radicales de un verbo, indica el futuro, en hebreo, *será*.

Finalmente, los legisladores antiguos consignaron en sus códigos las épocas de las fiestas de sus naciones; pero el día del reposo de Israel es el mismo del descanso de Dios. El hebreo, y su heredero el gentil, en las horas de su oscuro trabajo, tienen á la vista nada menos que la creación sucesiva del universo. La Grecia, tan poética por otra parte, jamás pensó en referir las tareas del labrador ó del artesano á aquellos famosos instantes en que Dios creó la luz, trazó la órbita del sol, y animó el corazón del hombre.

¡Leyes de Dios! ¿cuán poco os pareceis á las de los hombres! Eternas como el principio de que emanais, en vano se deslizan los siglos, pues resistís á estos, á la persecución, y aun á la corrupción de los pueblos. Esta legislación religiosa, organizada en el seno de las legislaciones políticas (y no obstante independiente de sus destinos), es un extraño prodigio. Mientras las formas de los reinos pasan y se modifican, y en tanto que el poder rueda de mano en mano, á merced de la suerte, algunos cristianos que se han mantenido fieles en medio de los caprichos de la fortuna, continúan adorando al mismo Dios, y sometiendo á las mismas leyes, sin creerse libres de sus vínculos por las revoluciones, ni por las catástrofes, ni por el ejemplo. ¿Qué religion no perdió en la antigüedad su influencia moral, al perder sus sacerdotes y sacrificios? ¿Dónde están los misterios del antro de Trofonio y los secretos de Ceres-Eleusina? ¿No cayó Apolo con Delfos, Baal con Babilonia, Sérapis con Tebas, y Júpiter con el Capitolio? Solo el Cristianismo ha visto derumbarse muchas veces los edificios donde se celebraban sus pompas, sin vacilar en su caída. No siempre ha tenido templos Jesucristo, pero todo es templo para el Dios-Vivo: la mansión de los muertos, la caverna de la montaña, y especialmente el corazón del justo; no siempre ha tenido Jesucristo altares de pórfido, ni púlpitos de cedro y marfil, ni por servidores á hombres felices; pero una piedra en el desierto basta para celebrar sus misterios; un árbol para predicar en él sus leyes, y un lecho de espinas para practicar sus virtudes.

LIBRO TERCERO.

Verdad de las Escrituras; caída del hombre.

CAPITULO PRIMERO.

Superioridad de la tradición de Moises sobre todas las demás cosmogonias.

HAY verdades por nadie controvertidas, aunque no puedan aducirse respecto de ellas pruebas inmediatas: al número de esas verdades pertenecen la rebelion y la caída del espíritu de orgullo, la creación del mundo, la felicidad primitiva y el pecado del hombre, pues es imposible creer que una mentira absurda llegue á ser una tradición universal. Abrid los libros del segundo Zoroastro, los Diálogos de Platon y los de Luciano, los tratados morales de Plutarco, los fastos de los chinos, la Biblia de los hebreos y los Edda de los escandinavos; trasladados á los países poblados por los negros del Africa, ó comunicados con los sabios sacerdotes de la India, y todos os narrarán los crímenes del dios del Mal; todos os pintarán los tiempos asaz breves de la bienandanza del hombre, y las largas calamidades que siguieron á la pérdida de su inocencia.

Voltaire dice que tenemos la peor copia de todas las tradiciones relativas al origen del mundo, y á los elementos físicos y morales que lo componen. ¿Será que prefiera la cosmogonia de los egipcios, esto es, el gran huevo alado de los sacerdotes de Tebas? Hé aquí lo que nos refiere con mucha gravedad Herodoto, el mas antiguo de los historiadores después de Moises:

«El principio del universo era un ambiente sombrío y tempestuoso, un viento formado de un aire muy denso y de un turbulento caos. Este principio no tenía límites, y durante mucho tiempo no había tenido extension ni figura determinadas. Pero cuando este viento se enamoró de sus propios principios, resultó de ellos una mezcla que los hombres denominaron deseo ó amor.

»Esta mezcla, una vez verificada, fue el principio

de todas las cosas: pero el viento no conocía su propia obra, es decir, la mezcla. Esta engendró á su vez, con el viento su padre, á *Mot* ó el *limo*, y de este procedieron todas las generaciones del universo.»

Si pasamos á los filósofos griegos, Tales, fundador de la secta jónica, reconocía el agua como principio universal. Platon sostenía que la Divinidad había arreglado el mundo, pero que no había podido crearlo. Dios, dice, formó el universo según el modelo que desde la eternidad existía en sí mismo. Los objetos visibles, no son sino sombras de las ideas de Dios, únicas verdaderas sustancias. Dios infundió además un soplo de vida en los seres, y compuso de él un tercer principio, á la par materia y espíritu: este principio se llama el *alma del mundo*.

Aristóteles discurría como Platon acerca del origen del universo, pero concibió el hermoso sistema de la cadena de los seres; y subiendo de acción en acción, probó que existe en alguna parte un primer móvil.

Zenon decía que el mundo se arregló en virtud de su propia energía, y que la naturaleza es ese todo que lo abraza todo; que este todo se compone de dos principios, uno activo y el otro pasivo, no existiendo separados sino unidos; que estos dos principios están sometidos á un tercer *Fatalidad*; que Dios, la materia y la fatalidad forman un ser único; que componen á la vez las ruedas, el movimiento y las leyes de la máquina, obedeciendo como *partes* á las leyes que dictan como *todo*.

Segun la filosofía de Epicuro, el universo existe desde toda la eternidad, y no hay en la naturaleza sino dos cosas: el cuerpo y el vacío.

Los cuerpos se componen de la agregación de partes de materia infinitamente pequeñas, esto es, de los átomos que tienen un movimiento interno, la gravedad; y su revolución se verificaria en el plano vertical, si no describiesen una elipse en el vacío, en virtud de una ley particular.

Epicuro supuso este movimiento de declinación para evitar el sistema de los fatalistas, que se reproduciría por el movimiento perpendicular del átomo. Pero su hipótesis es absurda, porque si la declinación del átomo es una ley, esta ley es necesaria; y ¿cómo una causa forzosa produciría un efecto libre?

La tierra, el cielo, los planetas, las estrellas, las plantas, los minerales y los animales, incluso el hombre, nacieron del concurso fortuito de estos átomos; y cuando la virtud productiva del globo se hubo evaporado, las razas vivas se perpetuaron por medio de la generación.

Los miembros de los animales, formados al acaso, ningun destino particular tenían; la oreja cóncava no había sido ahuecada para percibir los sonidos, ni el ojo convexo había sido redondeado para recibir la luz, sino que como estos órganos eran propios para estos diferentes usos, los animales se sirvieron maquinalmente de ellos, con preferencia á otro sentido.

Inútil sería hablar de las cosmogonias de los poetas, después de haber hablado de las de los filósofos. ¿Quién no conoce á Deucalion y Pirra, la edad de oro y la de hierro? Por lo que respecta á las tradiciones esparcidas entre los demás pueblos de la tierra, en la India un elefante sostiene el globo; el sol es el autor de cuanto existe, en el Perú, en el Canadá, el *Gran-Liebre* es el padre del mundo; en la Groenlandia, el hombre ha salido de una concha de marisco; y por último, la Escandinavia vió nacer á Asko y á Emla; Odin les dió el alma, Høenero la razon, y Løedur la sangre y la hermostura:

Askum et Emlam, omni conatu destitutos,
Animam nec possidebant, rationem nec habebant,
Nec sanguinem, nec sermonem, nec faciem venustam:
Animam dedit Odinus, rationem dedit Høenerus;
Løedur sanguinem addidit et faciem venustam.

En estas cosmogonias nos vemos colocados entre